

Senda y Leyenda

Crónicas de

LA COMUNIDAD DEL BARDAL

Volumen 1: La piedra y el agua



Juan Carlos Udías

Prólogo

El rastro de los pasos invisibles

Hace ya una década que comenzó esta aventura, aunque a veces me parece que los pies ya conocían el camino antes de echar a andar. Todo empezó como un diálogo entre el salitre de la costa y la pureza de la nieve, una búsqueda personal junto a mi mujer y nuestro fiel Arastadar por los rincones donde la naturaleza de Cantabria se funde con el legado de piedra de nuestros antepasados.

Buscábamos lugares donde el silencio no fuera vacío, sino memoria. Atravesamos bosques cerrados para despertar ante cascadas mágicas y nos asomamos a las ruinas —unas olvidadas, otras aún altivas— de monasterios que parecen esperar a que alguien vuelva a contar su historia. Así, palmo a palmo, fuimos haciendo camino, descubriendo tesoros que siempre he intentado compartir con el corazón en la mano.

Pero el tiempo, como el agua del Miera, nunca deja de fluir. Las obligaciones del día a día y el hecho de que Arastadar se nos haya hecho mayor, han transformado nuestra forma de mirar. Quizás por eso, cuando el paso se hizo más pausado, el Bardal decidió abrirse y dejarnos ver a quienes siempre estuvieron allí, aunque antes no supiéramos escucharlos.

Así nació esta Comunidad.

Primero apareció la Beata, con su lengua afilada y su devoción a medias, experta en cazar pecados ajenos mientras se ajusta el velo. Luego el Trasgo, ese torbellino de gorro colorado que nos recuerda que sin un poco de guasa, el camino es solo cansancio. El Castaño de Rioz, el abuelo de todos nosotros, cuya corteza guarda más sabiduría que cualquier biblioteca. Y, finalmente, nuestra última y más noble adquisición: el Señor de la Lobera. Un caballero que parece haber saltado de un escudo de armas para recordarnos que el honor, la protección al peregrino y el respeto por la historia son las armas más poderosas que podemos portar en el zurrón.

Este libro no es una guía de viajes al uso. Es una crónica de lo que queda cuando uno se detiene a escuchar. Es un homenaje a la Cantabria que se resiste a morir, la que sobrevive en la sillería de una ermita o en el susurro de un arroyo.

Nunca se sabe si, poco a poco, se nos irán uniendo más amigos en esta ruta. Mientras tanto, aquí os dejo estas crónicas. Pasad, poneos cómodos bajo la sombra del Castaño y permitid que la Comunidad del Bardal os guíe por esta tierra vieja y eterna. Bienvenidos al camino.



Senda y Leyenda

CRÓNICAS DEL BARDAL

Volumen I: Cantabria en la Piedra y el Agua

I.- NUESTRA SEÑORA DEL ABRA

La Virgen que no quería bajar del cielo

II.- QUINTANAS OLMO

El pueblo que se quedó escuchando al Olmo

III.- EL ECO DE LA CONCEPCIÓN

Donde la piedra aún reza

IV.- CERVATOS

El sermón de la piedra pícara

V.- SAN VICENTE DEL CAMPO

Donde el tiempo se desangra

VI.- VALCABA

El espejo donde el hierro se hizo agua

VII.- EL CASTAÑO DE RIOZ

El anciano desterrado

VIII.- SANTA CECILIA

La reina destronada

IX.- SAN PEDRO

El orgullo de los Semidioses de la Piedra

X.- SANTA CATALINA DE CINTUL

La dama que venció al olvido

XI.- EL ARROYO PULERO

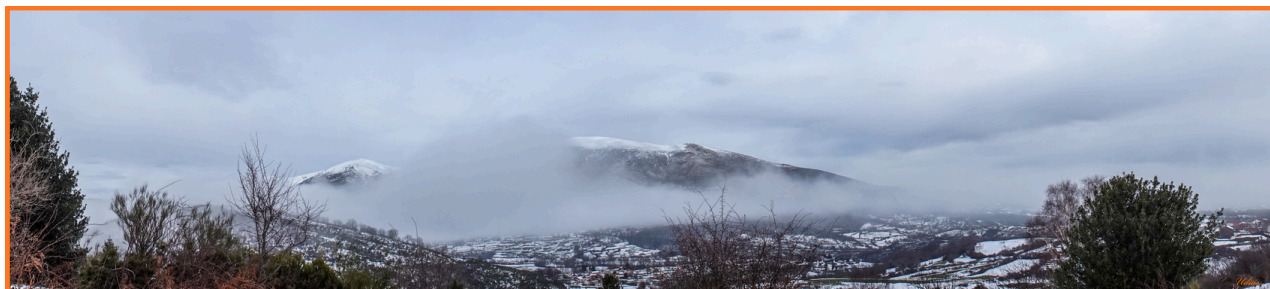
El refugio del Trasgo de las Tierras Bajas

XII.- CASTIO

El agua que lava la historia



I **nuestra Señora del Abra:** **La Virgen que no quería bajar del cielo**



Todo empezó en 1615, cuando el silencio de la Sierra de Híjar solo lo rompía el cencerro de las ovejas y el silbido del viento. Allí estaba Justo Bazo, un pastor que tenía los pies en la tierra y los ojos acostumbrados a leer las nubes. En el paraje de Cuesta Labra, entre piedras que guardan memorias de glaciares, Justo encontró algo que no era una piedra: una imagen de la Virgen, medio enterrada, como si quisiera brotar del mismo suelo cántabro.



A Justo, que debía de tener esa tozudez noble de nuestra gente, no se le ocurrió otra cosa que quedarse allí arriba. Se hizo ermitaño para no dejarla sola, desafiando a las águilas y a la nieve.

Una mudanza de siglos

Pero claro, vivir a 2.000 metros de altitud es casi querer tutear a Dios, y el invierno en Cantabria no entiende de devociones. La nieve decidía que, durante meses, la Virgen se quedara para ella sola. Por eso, en 1703, los vecinos decidieron que ya estaba bien de



jugarse el tipo y la bajaron a Prado Domingo.

“Aquí estará más cómoda”, debieron pensar. Pero la ladera de Cuesta Labra es traicionera y el viento allí sigue teniendo malas pulgas. La Virgen, acostumbrada a las alturas, parecía mirar hacia abajo con ganas de seguir descendiendo hacia el abrigo de los bosques.

Finalmente, en 1834, se tomó la decisión definitiva: bajar a la Pradera de San Miguel, en Soma Celada. Allí, donde el aire es más dulce y los verdes más intensos, se levantó su ermita actual. Aún hoy, la Casa del Ermitaño nos observa en silencio, recordando a aquel Justo Bazo que empezó todo.



Sombras y Piedras Antiguas

La historia, a veces, tiene dentelladas tristes. La talla original que las manos de Justo rescataron del barro fue destruida en 1936. La que hoy veneramos es una copia, pero como bien sabemos en La Comunidad del Bardal, la fe y la memoria no entienden de réplicas: el espíritu de la "Abra" sigue siendo el mismo.

Y si uno aguza el oído cerca de los muros de la ermita, puede sentir el eco del Cromlech de los Pueblos, que descansa muy cerca. Son piedras sabias que llevan ahí mucho antes de que Justo naciera, guardando secretos que... bueno, esas son otras "folías" que contaremos en otro momento. Dejemos que, por hoy, la Virgen descanse en su pradera.



II

Quintanas Olmo:

El pueblo que se quedó escuchando al Olmo



Hay lugares en Cantabria donde el tiempo no corre, se sienta a descansar. A 920 metros de altitud, resguardado en un valle que parece querer esconderse del mapa, dormita Quintanas Olmo. Su nombre no engaña: "las granjas junto a la olmeda". Pero hoy, los olmos y las piedras comparten un destino común: la resistencia silenciosa frente al olvido.

Caminar por lo que queda de sus calles es hacer un ejercicio de arqueología emocional. Cuesta creer que, bajo estas vigas vencidas, un día se escuchó el martillo en la herrería, el aroma del pan recién hecho escapando del horno y el bullicio de los niños en la escuela.



El Molino de la paciencia

Incluso el arroyo de San Clemente tenía su carácter. Su molino era, quizás, el más paciente de toda la región: solo despertaba dos meses al año, cuando las crecidas le daban la fuerza necesaria para moler.

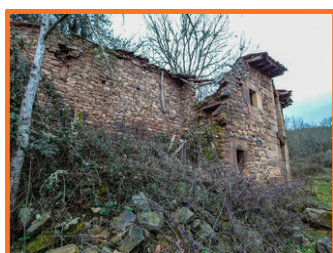
El resto del tiempo, el molino simplemente esperaba, como parece esperar ahora todo el pueblo.

—*¡Vaya parsimonia la del arroyo!*— diría seguramente el Castaño de Rioz, que de aguantar inviernos sabe un rato. —*Hay quien nace con prisa y quien, como este molino, sabe que lo bueno se hace esperar.*



El último portazo

El corazón de Quintanas Olmo dejó de latir oficialmente en 1980. Fue entonces cuando la última familia cerró su puerta, dejando atrás un eco de vidas que hoy solo interrumpen, muy de vez en cuando, los dueños de las tres o cuatro casas que aún se niegan a ser ruina.



A unos doscientos metros, apartada como quien no quiere molestar, la Iglesia de la Purísima Concepción se desmorona con una elegancia triste. Es una joya herida que custodia algo mucho más antiguo: dos tumbas antropomorfas excavadas en la roca, mudos testigos de la Alta Edad Media.

Parece que esos antiguos habitantes, grabados en la piedra, sabían algo que nosotros hemos olvidado. Pero como nos gusta decir en La Comunidad del Bardal, los secretos de los muertos y el misterio de la roca tallada tienen su propio ritmo. Ese "enigma de piedra" lo guardaremos para nuestra próxima parada en el camino.

III

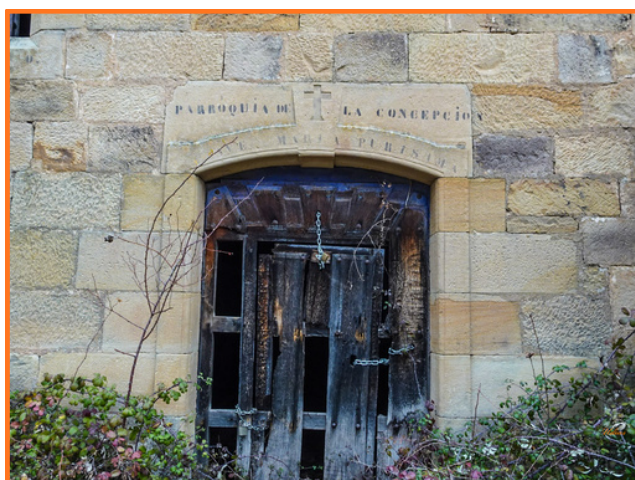
El eco de la Concepción:

Donde la piedra aún reza



Llegar a la Parroquia de la Concepción es como interrumpir un rezo que lleva siglos a medias.

Sobre el dintel de la entrada, casi borradas por el beso de la lluvia y el tiempo, aún se aguantan las palabras: "Parroquia de la Concepción. Ave María Purísima". Son frases que hoy, en mitad de la desolación de Quintanas Olmo, resuenan con una fuerza extraña, como un susurro que se niega a apagarse.



La iglesia se levanta altiva a unos 200 metros del pueblo. Su torre, lejos de rendirse, se estira hacia el cielo de Valderredible con un orgullo casi humano. Aunque el templo actual tiene sus raíces en el siglo XV, su sillería es robusta y sobria, heredera directa de la vieja tradición románica.

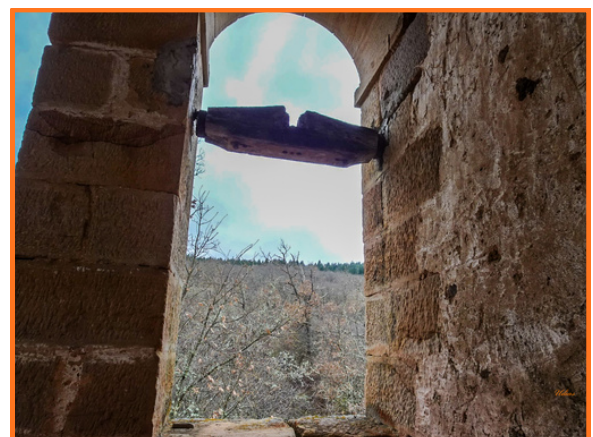
Fue más tarde, entre los siglos XVI y XVII, cuando se le añadió el campanario para darle ese empaque de gran dama que, aunque herida, se niega a caer.



Visitantes inesperados

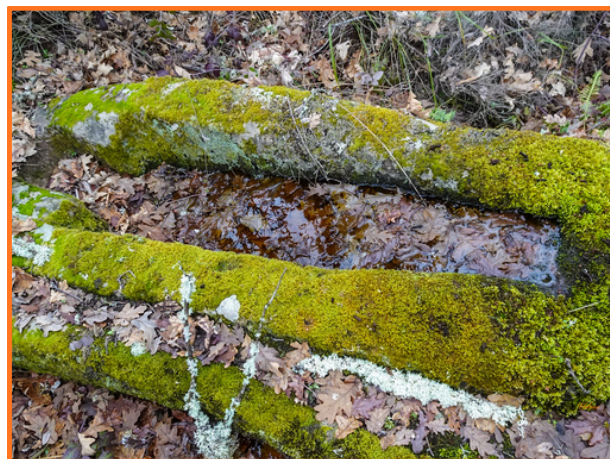
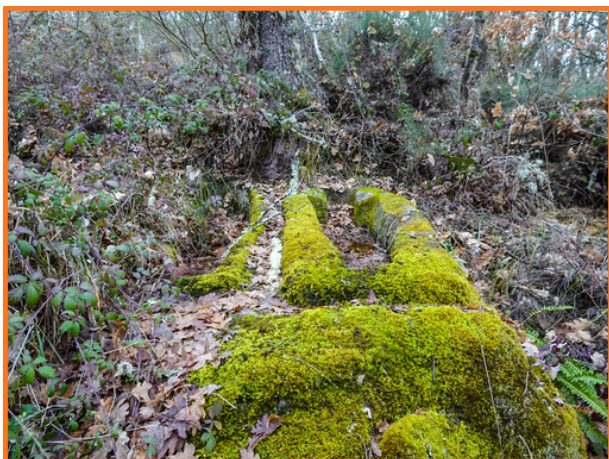
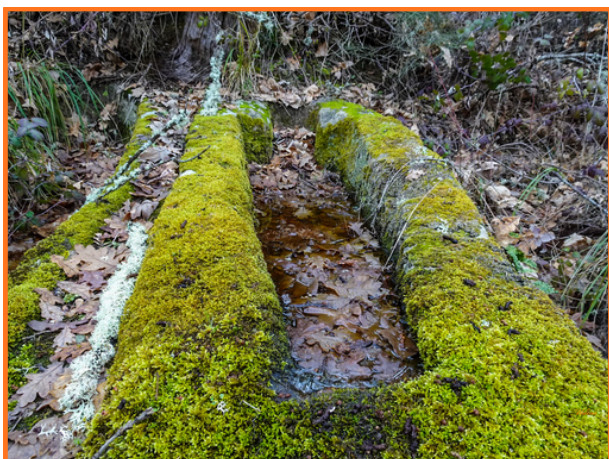
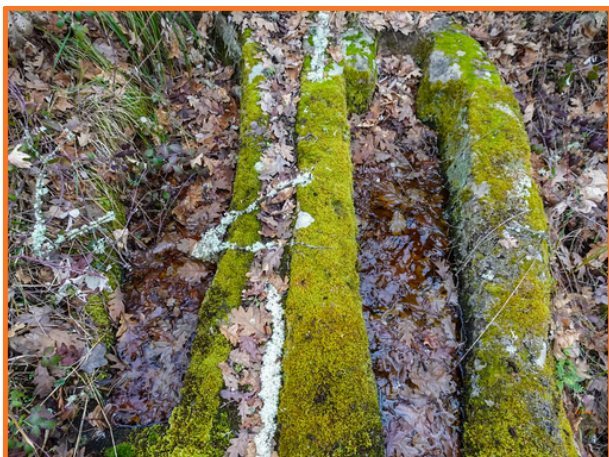
—*¡Vaya forma de barrer tienen las zarzas!*— protestó la Beata, ajustándose el manto mientras esquivaba un matorral. —*Tanto Ave María tallado y ni un alma que traiga un ramo de flores frescas a esta bendita piedra.*

—*No te quejes, mujer*— replicó una voz traviesa desde lo alto de un muro derruido. Era el Trasgo, que balanceaba las piernas sobre una cornisa. —*A las piedras les gusta el silencio. Y a los que duermen ahí abajo, más todavía. Además, el musgo es una manta mucho más suave que tus encajes.*



El sueño de los antiguos

Y es que, apenas a 50 metros al este, se esconde el verdadero tesoro: dos tumbas antropomorfas talladas directamente en la roca madre.



Son imposibles de fechar con precisión, pero se sabe que alguien las cinceló entre los siglos VIII y XI. Al verlas allí, hundidas en la maleza y devoradas por el musgo, uno no puede evitar que la imaginación vuele: ¿Y si esta iglesia no nació en el XV, sino que se alzó sobre las ruinas de un templo mucho más antiguo, un lugar sagrado que ya conocían aquellos que habitaron estas tierras hace más de mil años? Hoy, esas tumbas parecen dejadas de la mano de Dios, protegidas solo por el olvido. Pero para nosotros, son el recordatorio de que bajo el barro de Cantabria siempre late otra historia.

Un desvío necesario

Dejamos atrás el silencio de Quintanas Olmo con el alma un poco encogida, pero con el espíritu listo para el contraste. Ya de vuelta a Santander, el cuerpo nos pidió un cambio de tercio radical: visitar la expresión de arte románico más "atrevida" de nuestra tierra. Ponemos rumbo a la Colegiata de Cervatos... pero de ese festín de piedra y picardía disfrutaremos en la próxima etapa.

IV

Cervatos: El sermón de la piedra pícara



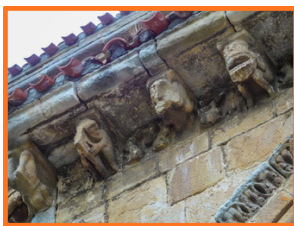
Hay iglesias que visitamos con el cuello estirado hacia el cielo, para encontrar lo divino, y hay otras, como la Colegiata de San Pedro de Cervatos, que te obligan a mirar de reajo, con una mezcla de asombro y picardía. Aunque sus cimientos se hunden en un monasterio del siglo X y fue consagrada en 1129, lo que la hace única en el mundo no son sus fechas, sino el asombroso despliegue de libertad que corona sus muros.



Un inventario de lo prohibido

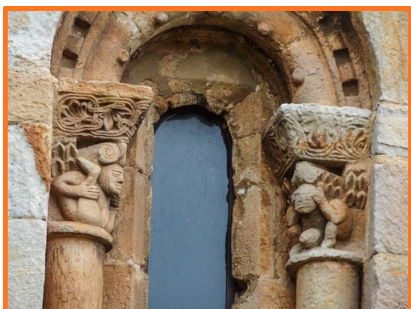
Lo que hace grande a este templo es su "catálogo" de tallas explícitamente eróticas. Repartidas en sus capiteles y en casi un centenar de canecillos, las piedras cobran vida en un inventario de lo que hoy llamaríamos prohibido: coitos, falos, masturbaciones y partos.

Todo ello convive con juglares y seres monstruosos, creando un retablo de lo humano que parece imposible encontrar en un templo medieval.



—*¡Válgame la Inmaculada!*— exclamó la Beata, tapándose los ojos con el abanico mientras intentaba, sin mucho éxito, no mirar hacia un canecillo especialmente explícito. —*¡Esto es una indecencia! ¿Cómo se puede rezar con semejante desvergüenza colgando de las cornisas? ¡Seguro que el cantero era un enviado del mismísimo Trasgo!*

—*No te sofoques, mujer*— intervino el Castaño de Rioz, dejando que el viento meciera sus hojas con un susurro sabio. —*La naturaleza no sabe de vergüenzas, solo de vida. Esos canteros de antaño sabían que el cuerpo es como la tierra: sagrado en su raíz y fértil en su fruto. Tal vez eran mucho más "normales" de lo que somos hoy, en esta sociedad donde el rubor nos gana la partida.*



La libertad esculpida

Muchos estudiosos se han roto la cabeza intentando descifrar el porqué de este catálogo sexual. Pero al contemplarlas, uno llega a la conclusión de que Cervatos es, simplemente, un grito de libertad. Es la prueba de que en la Edad Media, entre rezo y rezo, había espacio para la risa, el deseo y la realidad más cruda.

Por algo la llaman, con justicia, la "Catedral del Románico Erótico". Si alguna vez pasáis cerca de Reinosa, no perdáis la oportunidad de asomaros a esta irreverente muestra de libertad. Eso sí, id con la mente abierta... y si vais con la Beata, llevad una buena dosis de sales para el desmayo.





San Vicente del Campo:

Donde el tiempo se desangra



Llegar a La Herrán con las primeras luces del alba no es solo una excursión; es asistir a un acto de resistencia. Allí, recortada contra el cielo herido del amanecer, se yergue la Ermita de San Vicente del Campo. Tiene empaque de iglesia y porte de catedral rural, pero el cuerpo castigado por un siglo de olvido. Sus esquinales de noble sillería parecen sostenerse hoy más por el peso de la historia que por la propia gravedad, en un equilibrio precario que amenaza con el colapso definitivo.

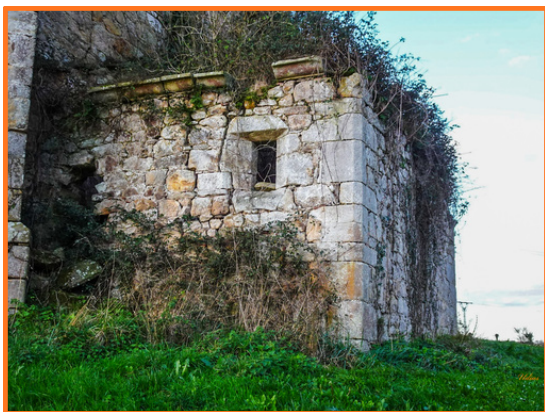
Capas de fe y linaje



Para entender este lugar hay que "pelar" el tiempo. Bajo el suelo que hoy pisamos, en los siglos IX o X, ya latía un pequeño monasterio de repoblación. Aquella fe primitiva mutó en románico en el XII, hasta que en 1630 se levantó la estructura que hoy vemos: un barroco austero, erigido bajo la mirada de los hidalgos locales.



Mudo testigo de ese poder es la casona que custodia el camino. Su escudo circular nos habla de Bernabé Moreno de Barreda, Regidor de Córdoba, que trajo su éxito andaluz de vuelta al norte en forma de linaje y piedra



La sombra de la Beata

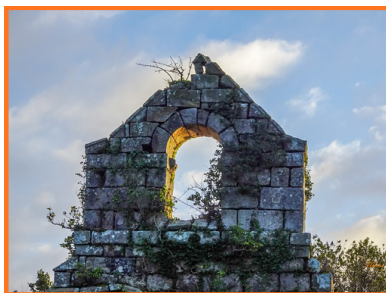
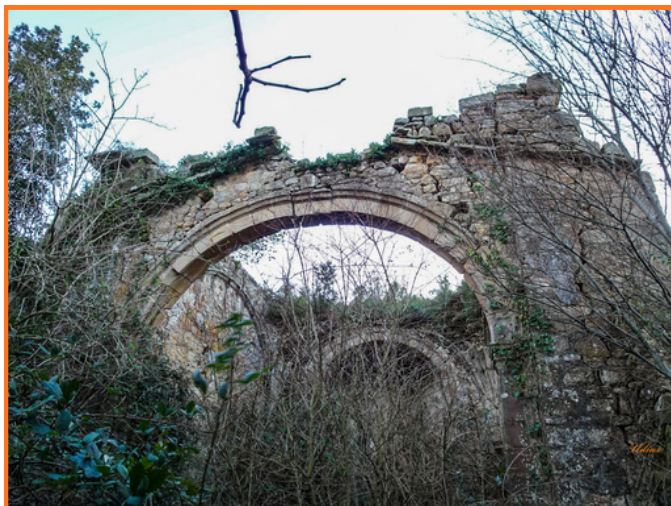
Pero si hay un rincón que hiela la sangre, es la casa adosada al templo. Allí vivía ella.

—*¡Ay, si estas piedras hablaran!*— susurró la Beata, asomando su nariz puntiaguda por una grieta del muro.

—Desde aquí no se escapaba ni un suspiro en el altar. Un rezo mal dicho, una confesión a medias... todo llegaba a oídos del Santo Oficio. El orden, querido Trasgo, el orden es lo primero.

—Lo que tú llamas orden, yo lo llamo miedo, vieja entrometida

—replicó el Trasgo desde el ábside sin techo, haciendo bailar una de esas luces errantes que los vecinos ven cada 22 de enero. —Ahora son las sombras las que mandan aquí. Ni tus inquisidores ni tus cuentos pueden detener la danza de las almas que buscan justicia cuando arrecia la tormenta.



El portal del alba

Hoy, el silencio de la piedra en San Vicente es absoluto. Sin embargo, con la magia de la luz del amanecer, la ruina se convierte en un portal. El Castaño de Rioz, que observa desde la distancia con la sabiduría de los siglos, sabe que en ese instante dorado, entre la niebla del valle del Miera, es fácil ver espectros de antiguos caballeros inmersos en la búsqueda eterna del Santo Grial.

San Vicente del Campo se está muriendo, sí, pero lo hace con la dignidad de quien guarda los secretos más oscuros de la Comunidad del Bardal.



VI

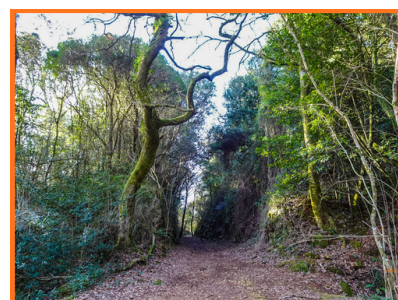
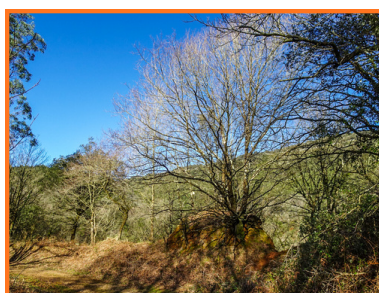
Valcaba:

El espejo donde el hierro se hizo agua



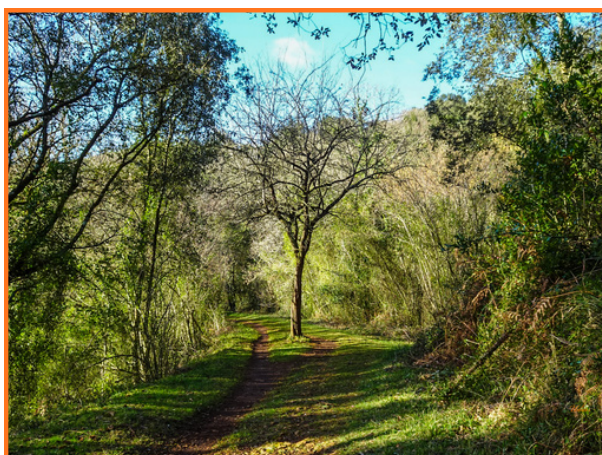
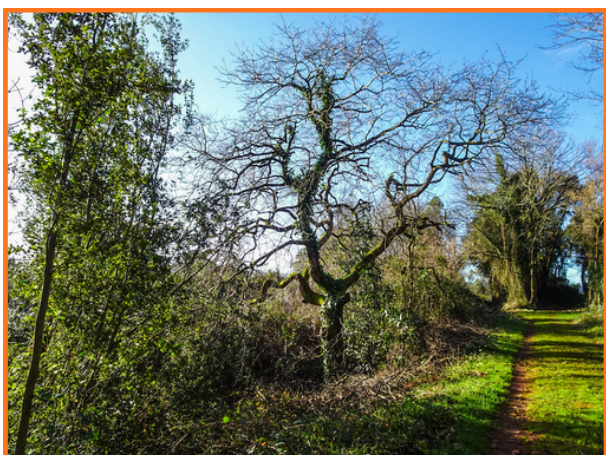
Bajo el silencio actual de Peña Cabarga, si uno se detiene lo suficiente, todavía parece resonar el paso rítmico de las legiones. Hace dos mil años, quizás más, que estas montañas sangran hierro. Primero fueron las espadas romanas las que reclamaron el mineral; siglos después, los cañones que defendieron imperios. Pero la tierra tiene memoria y, tras milenios de heridas abiertas, decidió sanarse de una forma inesperada.

Al detenerse la minería a mediados del siglo XX, el agua reclamó los socavones. El nivel freático subió en silencio, inundando las minas a cielo abierto y transformando los vacíos industriales en los Pozos de Valcaba. Lo que una vez fue estrépito de extracción es hoy un humedal vibrante donde la naturaleza se ha abierto paso con una fuerza imparable.



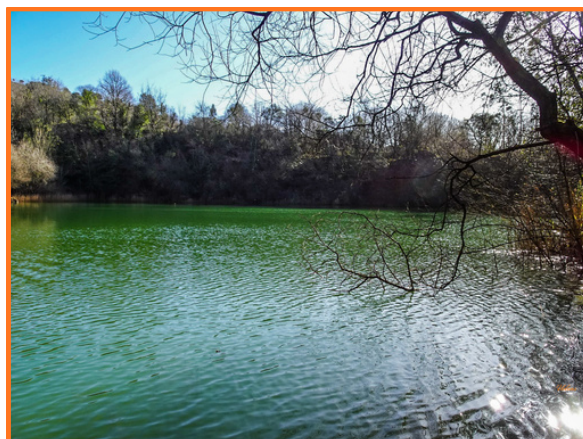
El laberinto de Tarriba

La aventura comienza en el Barrio de Tarriba. El camino es amable, pero juega al despiste: las señales son caprichosas, confusas o, simplemente, inexistentes. En ese laberinto verde es fácil terminar en la entrada de Cabárceno por error. El secreto reside en una desviación a la izquierda que, sin avisar, te sumerge en el corazón de la reserva.



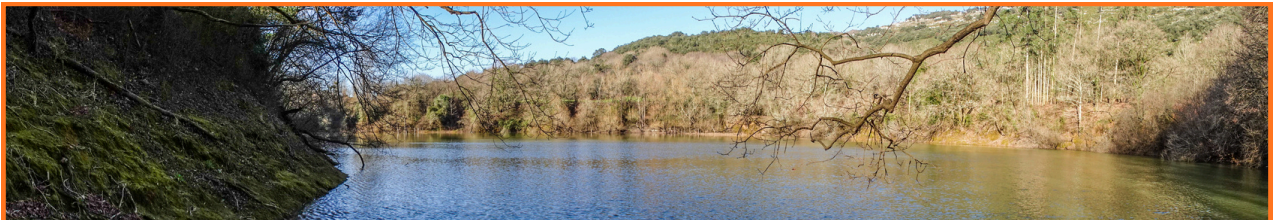
—Hay que saber mirar con los ojos de antes— susurró una voz que parecía venir de las raíces mismas del bosque. Era el Castaño de Rioz, que extendía sus ramas como dando la bienvenida a los nuevos brotes de saúco y abedul. —Los hombres siempre corren, se pierden entre carteles y señales. No entienden que el bosque no necesita mapas, solo paciencia para encontrar el camino.

—Paciencia y una mano firme en el acero— añadió una figura sombría que permanecía inmóvil junto a la orilla del pozo pequeño. Su mano derecha descansaba sobre el pomo de una espada con forma de cabeza de lobo. —Bajo estas aguas esmeralda todavía duerme el hierro de mis antepasados. El agua ha cubierto la cicatriz, pero el tesoro de la montaña sigue bajo mi guardia.

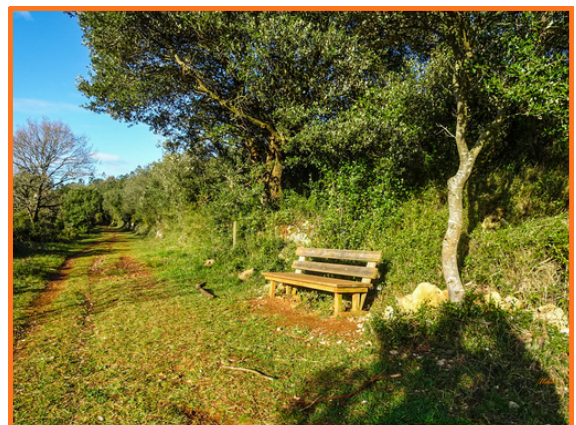
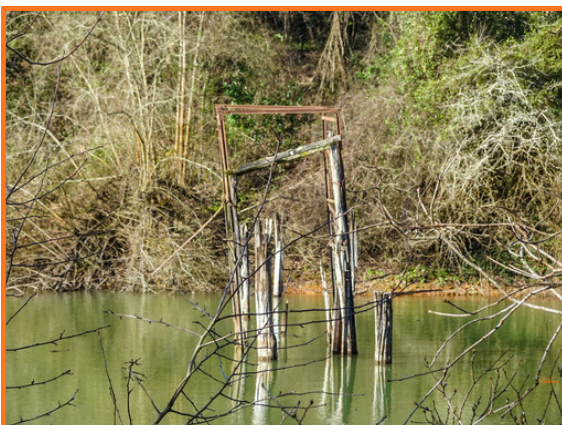


La guardia de honor

El pozo grande impresiona por su extensión, pero es el pequeño el que guarda la verdadera magia. Al completar la ruta circular de tres kilómetros, te verás envuelto por una guardia de honor de castaños y robles. Hay que caminar sin prisa, dejándose empapar por el olor a tierra húmeda y la sensación de que, entre la espesura, un zorro o un corzo nos observan, divertidos, ante los torpes traspiés de quienes hemos olvidado cómo habitar el bosque.



Al final, sentarse al borde del pozo pequeño es asistir a un encuentro de épocas. Mientras admiras el verde profundo de las aguas, casi puedes ver a los centinelas romanos custodiando todavía el tesoro de la montaña. Solo por ese instante de paz, la mañana en Valcaba ya ha cobrado todo su sentido.



VII

El Castaño de Rioz:

El anciano desterrado



Mientras los maestros canteros daban las últimas cinceladas a la Ermita de San Vicente allá por 1630, en el barrio de Rioz ya destacaba un castaño joven y vigoroso. Aquel árbol, que hoy cuenta más de quinientos años, ha sido testigo mudo de la historia: promesas de enamorados y suspiros de peregrinos agotados por la canícula han encontrado refugio bajo su sombra.



Un viaje entre la vida y el olvido.

Sin embargo, su verdadera leyenda no reside solo en su edad, sino en su tenacidad. En el año 2003, el progreso mal entendido llamó a su puerta: un proyecto urbanístico sentenció que aquel gigante estorbaba. Pero Cantabria no permitió que su viejo amigo cayera. En una operación de ingeniería y fe sin precedentes, se excavó su inmenso cepellón para trasladarlo a su hogar actual en el Parque de la Covachona.

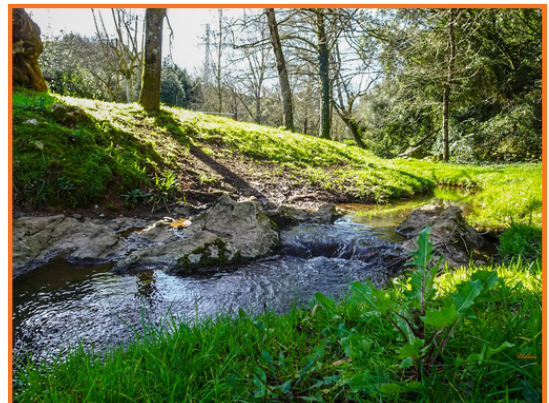
Aquel viaje fue un trauma profundo; el castaño vivió años en una "UCI" botánica, debatiéndose entre la vida y el olvido. Pero la naturaleza, como ya vimos en Valcaba, es terca en su sabiduría.



—Te arrancaron de tu sitio porque tu sombra no cotizaba en bolsa— dijo una voz grave y metálica. Era el Señor de la Lobera, que permanecía apoyado en el muro del lavadero, dejando que el agua del arroyo limpiara el barro de sus botas. Su mano, como siempre, descansaba

sobre el pomo de cabeza de lobo. —Sé lo que es ver cómo el mundo que conoces se desmorona bajo el peso de nuevas leyes que no entienden de raíces.

No llores por lo perdido, caminante— respondió el Castaño de Rioz, agitando sus ramas con un crujido que sonaba a gratitud. —Me quitaron mi suelo, pero no mi alma. Mira mi tronco: de mis propias heridas han brotado robles. Me dieron el corazón del roble para que mi madera sea eterna. Los hombres construyen casas que caen, yo construyo vida que perdura.



El secreto de los druidas

La ciencia dice que son semillas olvidadas por aves en sus oquedades, pero en esta tierra de mitos, la lógica a veces se queda corta. Yo prefiero imaginar que los antiguos dioses quisieron recompensar su resistencia otorgándole la fuerza del roble.

Si pasáis por Sobremazas, deteneos. Solo os llevará unos minutos contemplar este monumento vivo, este anciano viajero que nos recuerda que, a veces, la vida gana la partida al hormigón.

VIII

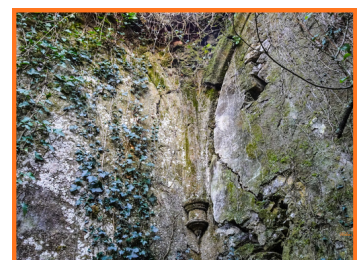
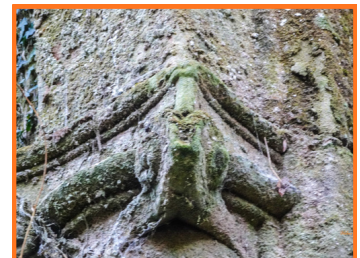
Santa Cecilia: La reina destronada



Me planto ante ella con la escarcha mordiendo los prados y la niebla lamiendo el valle: es una vieja reina destronada. Cayó en desgracia cuando el mundo se volvió cómodo y los parroquianos, buscando el calor del llano, se mudaron al fondo del valle para levantar la fastuosa Iglesia de San Pedro. Como bienvenida, una portalada solitaria, medio asfixiada por las zarzas, resiste el paso del tiempo. A pocos metros, las ruinas de la casa que debió ser del párroco... y de la Beata.

El esqueleto de Trasmiera

Sus cimientos hunden sus raíces en el siglo XIII, naciendo como un románico tardío que ya soñaba con el gótico. Tuvo su época de gloria entre los siglos XIV y XVI, cuando sus piedras vibraban con el eco de bautizos y bodas. Sin embargo, el siglo XVII la sentenció a la soledad de "ermita rural", y los inviernos se encargaron de desnudarla hasta dejarla en el puro esqueleto.

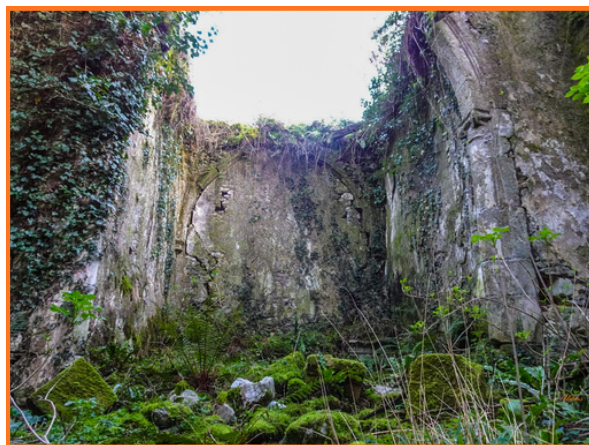


El tesoro bajo el ábside

Se dice, se susurra entre el viento, que la ermita custodiaba una campana de oro, escondida de la codicia ajena justo bajo la mirada fija de los canecillos.

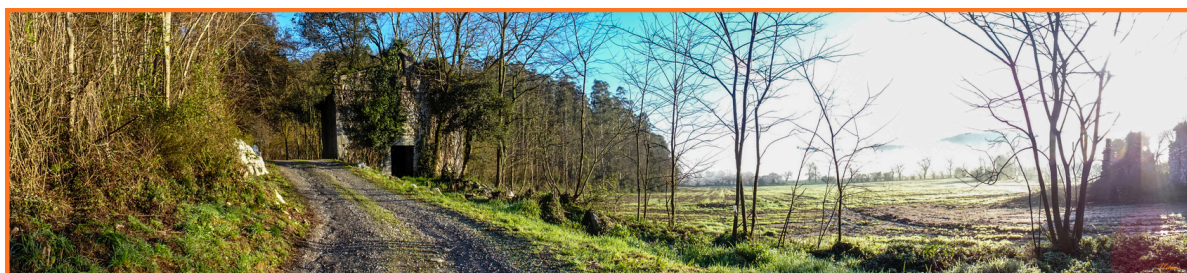
—¡Un poco más a la izquierda, mujer! ¡Que le das con la azada al aire!— se burló una risa estridente desde lo alto de la espadaña sin campanas. Era el Trasgo, que hacía equilibrios con su gorro picudo rojo ondeando al viento. — Esa campana no quiere manos pecadoras, prefiere el silencio de la tierra.

—¡Cállate, bicho del demonio!— refunfuñó la Beata, con el refajo remangado y el rostro sudado de cavar. —A San Pedro se va para que te vean el traje de los domingos, pero a Santa Cecilia se viene a que Dios te oiga sin intermediarios... y si de paso encontramos el oro para la parroquia, mejor que mejor.



La frecuencia del silencio

Incluso en ruinas, este lugar emite una energía especial. Te obliga a sentarte en sus piedras cansadas y a entender que, a veces, el silencio cuenta mucho más que cualquier retablo dorado.





IX

San Pedro:

El orgullo de los Semidioses de la Piedra

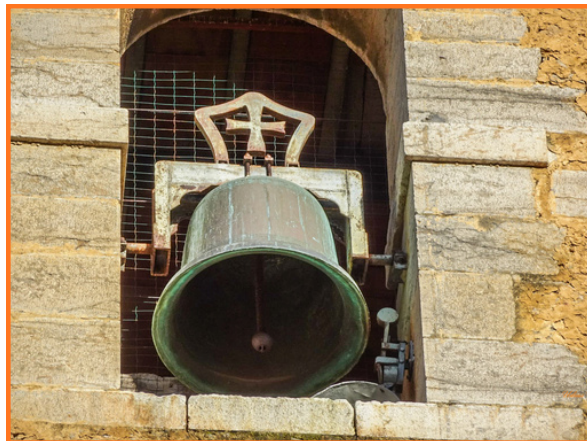
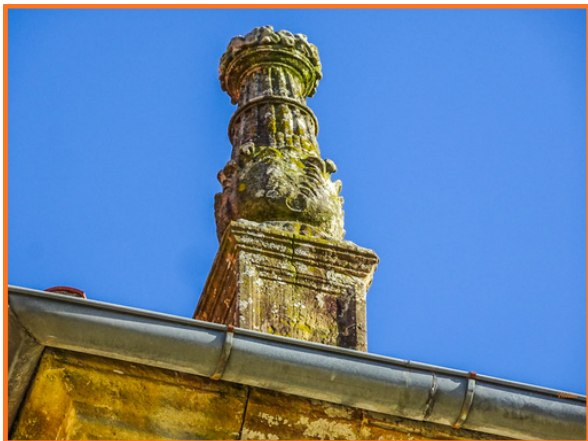


i Santa Cecilia es la nostalgia, la Iglesia de San Pedro Apóstol en Solórzano es el orgullo hecho piedra. Levantada entre 1590 y 1630, esta "Catedral" de pueblo es la obra maestra de unos canteros que trabajaban como gigantes. Su torre es tan descomunal que parece más propia de una fortaleza que de una parroquia; de hecho, hubo un pleito real porque las autoridades decían que era "demasiado alta". Pero los vecinos, tercos como ellos solos, se negaron a pagar y los maestros, por pura rabia, la terminaron con tal maestría que hoy no tiene ni una sola grieta.



Marcas de cantería y mofas secretas

Al acercarme, busco las marcas de los "Semidioses de la Piedra". Dejaron sus firmas en los sillares, pero en las alturas ocultaron mensajes en su idioma secreto: conocimientos de la Corte mezclados con caras burlonas que desafiaban al mundo.



—¡Mira si serían pillos!— exclamó la Beata, señalando con el dedo hacia lo más alto de la cornisa. —Tallaron las mofas donde el Santo Oficio no llegaba a verlas, pero Dios sí, para que se riera con ellos de tanta pompa y tanto pleito.



—No era solo por risa, mujer— intervino el Señor de la Lobera, mientras ajustaba su capa y acariciaba el pomo de cabeza de lobo de su espada. —Un muro así de alto se construye para que se vea desde el otro lado del valle que aquí manda el gremio, no el juzgado. Hay leyes que se escriben en papel y leyes que se graban en sillería para que duren mil años.

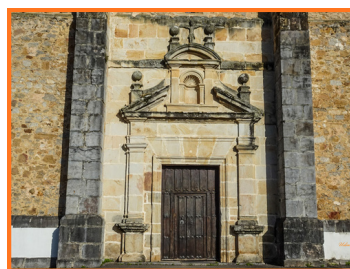
Donde el tiempo se cansa de contar

Lo que más me fascina es su obsesión con el tiempo: tres relojes de manufactura vasca en la torre y uno de sol en el muro. Lo curioso es que están todos parados, como si el pueblo se hubiera cansado de contar minutos.

—¡Es inútil! No insistas, viejo tronco— gritó el Trasgo mientras saltaba entre los engranajes oxidados de la maquinaria del reloj. —He bloqueado las agujas para que en Solórzano siempre sea la hora de la siesta o la de ir a la taberna. ¿Para qué queréis saber la hora si aquí el tiempo es mío?



—Eres un necio, duende— respondió el Castaño de Rioz con un susurro profundo que parecía llegar desde el parque de la Covachona. —El tiempo no se detiene porque tú pares una rueda. El tiempo se mide en anillos en la madera y en el musgo que ya empieza a cubrir tu preciosa torre. Deja que los hombres crean que han ganado, mientras nosotros seguimos viendo cómo la piedra vuelve a ser tierra.



San Pedro es la obra definitiva de un gremio que, de padres a hijos, regaló a su pueblo natal un templo que es, a la vez, gratitud y rebeldía.

X

Santa Catalina de Cintul:

La dama que venció al olvido



Al llegar a la campa donde descansa la ermita, me encuentro a la Beata sentada en una piedra de sillería. No para de hacerse cruces, pero esta vez no es por espanto, sino de pura alegría. Murmura entre dientes que "ya era hora", mientras acaricia con la mirada el tejado nuevo, celebrando que la vieja dama de piedra haya vuelto a vestirse después de décadas a la intemperie.

El refugio de la Vía de Agripa

Santa Catalina es una superviviente nata. Su esqueleto respira el románico del siglo XII, aunque en el XIV decidió reinventarse con ese porte gótico que luce hoy. Al acercarse, uno se pierde en sus ventanas geminadas: dos joyas de talla fina que contrastan con la sobriedad de su portalada, robusta como el carácter de estas tierras.



Aquí se nota la mano de los maestros canteros de Trasmiera; esa sillería de alta calidad que nos recuerda que la piedra cántabra tiene, efectivamente, más vidas que un gato

El pueblo invisible

Pero lo que realmente eriza la piel es lo que falta. Cintul no fue solo una iglesia; fue un pueblo vibrante en la Vía de Agripa, con su ferrería, su molino y el trasiego constante hacia los puertos del Cantábrico. Pero la tierra se tragó el ruido y el pueblo desapareció. Solo la iglesia permaneció erguida, viendo pasar las estaciones en una soledad cada vez más desnuda.



—Aún huelo el hierro de la ferrería cuando el viento sopla del arroyo Pulero — sentenció el Señor de la Lobera, mientras su mano enguantada apretaba el pomo de cabeza de lobo. — Los pueblos mueren, pero los caminos permanecen. Yo mismo he formado pasillo en las noches de luna para ver pasar a mis hermanos, los Caballeros de Santiago, que aún cabalgan protegiendo a los peregrinos invisibles que cruzan esta vía.



—¡Déjate de fantasmas y vigila el camino, Señor de la Lanza!— interrumpió el Trasgo, asomando su gorro rojo por encima de un apeo de la espadaña. —Que si los vecinos de Cintul se levantan, será para ver si alguien les ha dejado un poco de orujo en el lavadero, que tanta eternidad da mucha sed.

Si tenéis oportunidad, acercaos a Santa Catalina. No podréis ver su interior, pero por fuera hay todo un mundo que descifrar antes de perderos por la vera del arroyo Pulero.



XI

El Arroyo Pulero:

El refugio del Trasgo de las Tierras Bajas



Dejo atrás la silueta de Santa Catalina, con la Beata todavía acomodada en su piedra. Me ha despedido con un gesto de la mano, asegurando que ella se queda allí "a ver si el tejado nuevo asienta bien", no sea que algún cantero se haya dejado un hueco y tengamos goteras en la primera invernada.



Un cauce con dos caras

Bajo entonces hacia el Arroyo Pulero. Como es mi cuarta vez visitándolo, ya nos conocemos las mañas, pero hoy el río parece otro. Si en las cumbres es un torrente joven y presumido que salta entre rocas, aquí abajo se vuelve un cauce más humilde, casi aburrido, como si estuviera cansado de tanto viaje y solo buscara el descanso del valle. Sin embargo, en Cantabria, donde el agua se remansa, siempre hay ojos que te miran.

Ojos tras el aliso



Apenas pongo un pie en la orilla, noto que algo no encaja. Un chapuzón repentino, una rama que cruje donde no hay viento... y ahí lo veo: un sombrero picudo colorado que asoma tras un aliso. Parece que el muy tunante se ha mudado a esta zona menos "atractiva" precisamente para que nadie lo moleste mientras hace de las suyas.



—¡Poco hay que ver aquí, ¿verdad, caminante?!— soltó el Trasgo con una mueca burlona antes de desaparecer en un remolino de agua. —Buscáis siempre la cascada que ruge y la peña que asombra, pero os olvidáis de que el misterio prefiere el barro y el silencio de las orillas bajas. Aquí mando yo, donde nadie me busca.



—No te envanezcas, duende de agua dulce— retumbó la voz del Castaño de Rioz, cuyas raíces parecen alcanzar incluso estas riberas. —El Pulero no es aburrido, es sabio. Guarda sus mejores rincones monte arriba, donde el bosque se funde con el agua. Pero tú prefieres el tramo bajo para robarle las truchas a los pescadores despistados, que te conocemos.



El alma de lo invisible

Visualmente, este tramo no es el más espectacular del Pulero, pero tiene ese misterio de lo que no se ve. Es el encanto de los lugares que no necesitan ser "bonitos" para tener alma y algún que otro habitante con ganas de guasa. Si realmente queréis ver zonas de película, solo tenéis que cruzar a la otra margen y seguir el camino monte arriba, donde el verde lo inunda todo.



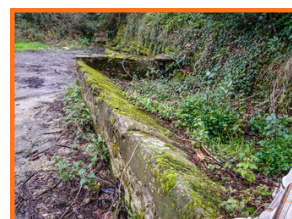
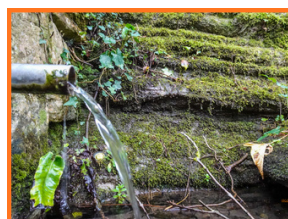
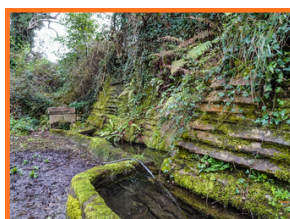
XII

Castio:

El agua que lava la historia



oco antes de que la piedra noble de Santillana del Mar nos deslumbre, el camino nos regala una joya que parece haber decidido borrarse del mapa para salvarse del tiempo. Escondido entre la hiedra y el silencio, aparece el conjunto de la Fuente de Castio: fuente, abrevadero y lavadero. Un lugar donde el olvido ha sido generoso, dotándolo de un aire místico donde las Lumias descansan vigilando las ondas que el agua dibuja al caer.



La barba de la anciana

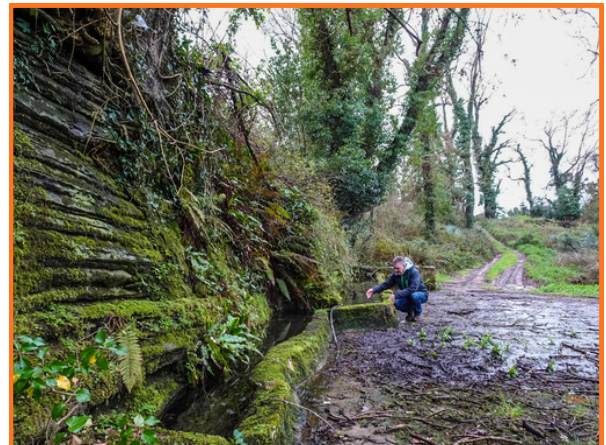
El verdín y el musgo que la cubren son la verdadera piel de la fuente; una barba de anciana que guarda la memoria del valle. Aunque su sillería nos susurra fechas del siglo XVIII, sus cimientos beben de la Edad Media, calmando la sed de viajeros y bueyes mucho antes de que el Neoclasicismo le diera su forma definitiva.

La red social del pasado

El lavadero, como ya vimos en Rioz, era la auténtica "red social" de la época. Las noticias más frescas se frotaban contra el pretil al ritmo del jabón y el brío.



—¡Ay, si estas piedras hablaran!— exclamó la Beata, asomándose al agua con una media sonrisa sospechosa. —Todo lo que se calla en el confesionario, termina salpicando en el lavadero. Aquí no hace falta ser santa para saber quién le debe a quién o quién mira a quien no debe.



—Lo que tú buscas son pecados, mujer, pero aquí solo hay paz... y algún que otro duende— sentenció el Señor de la Lobera, mientras observaba cómo el Trasco salía corriendo hacia el Arroyo del Ojo Negro, atraído por el murmullo del agua. —Ese bicho sabe que en Castio el tiempo no corre, se remansa. Es el último refugio antes de entrar en la ciudad de las tres mentiras.

Un secreto a voces

Castio es un susurro entre la maleza. Os recomiendo agudizar la vista: a lo mejor, entre el reflejo del agua y la cortina de hiedra, lográis ver a una Anjana... o incluso a la Beata, agazapada, intentando cazar algún chisme que se le haya escapado al cura.

Nosotros seguiremos camino, porque mañana cambiaremos el musgo por la piedra labrada de la Colegiata de Santa Juliana, donde una humilde ermita acabó soñando con ser catedral. Pero eso... eso ya será otra historia en nuestro próximo cuaderno de bitácora.

